

# Revista

de

# Ciencias Económicas

---

Publicación mensual del  
"CENTRO ESTUDIANTES DE CIENCIAS ECONÓMICAS"

---

Director:  
**Dívico Alberto Fürnkorn**

---

Secretario de Redacción:  
**Roberto E. Garzoni**

Administrador:  
**Luis Podestá**

Sub-administrador:

**Año VII**

**Mayo de 1919**

**Núm. 71**

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
**CHARCAS 1835**  
BUENOS AIRES

6/10

H. 113

Y. 322

## El problema agrario en Francia y Alemania

---

Los partidos burgueses y reaccionarios se asombran que en el momento actual — de golpe y en todas partes — entre los socialistas esté a la orden del día el problema agrario. Ellos deberían extrañarse que esto no hubiera ocurrido mucho antes. Desde Irlanda hasta Sicilia, desde Andalucía hasta Rusia y Bulgaria, en todas partes el campesino aparece como factor esencial de la revolución, de la producción y del poder político. Solamente dos regiones dentro de Europa occidental representan una excepción: en la propia Gran Bretaña, los latifundios y la agricultura en gran escala han hecho desaparecer al pequeño agricultor y propietario; en la Prusia Oriental, ya durante siglos, se desarrolla el mismo proceso, y aquí también la clase campesina está cada vez más desalojada de sus campos o se reduce a una situación inferior en el terreno económico y político.

Como factor político el campesino hasta el presente se manifestaba principalmente por su apatía — el resultado del aislamiento de la campaña. Esta apatía de la gran masa de la población es el mejor apoyo no solamente de la venalidad de los parlamentarios en París y Roma, sino de toda especie de despotismos. Pero esta apatía no es de modo alguno invencible. Desde que ha comenzado en Europa occidental el movimiento obrero, la burguesía, sin grandes esfuerzos — sobre todo allí donde domina la pequeña propiedad rural — ha conseguido arraigar la suspicacia y el odio de los campesinos para con los trabajadores socialistas, pintándolos de *partageux* — partidores — ciudadanos avaros y perezosos, quiénes piensan aprovecharse de la prosperidad rural.

Las tendencias socialistas poco conscientes de la revolución de febrero de 1848, fueron pronto eliminadas por la rotación reaccionaria de los campesinos franceses. El campesino deseoso de vivir tranquilamente, sacó entonces del tesoro de sus recuerdos, la leyenda del monarca campesino, Napoleón, y creó el segundo imperio. Todos sabemos cuanto ha costado esta hazaña campesina al pueblo francés; éste sufre sus consecuencias aún hoy en día.

Pero desde entonces mucho ha cambiado. El desarrollo de la producción capitalista ha cortado el nervio vital a la pequeña producción agrícola; ésta decae y va pereciendo irrevocablemente. La competencia de la América del Norte y del sur y de la India, ha invadido a los mercados europeos con pan barato; tan barato, que ha eliminado por completo la competencia del productor europeo.

El gran terrateniente y lo mismo el campesino, los dos igualmente, están amenazados por la destrucción. Y como los dos son propietarios de tierra y "paisanos", el gran terrateniente se invoca el papel del defensor de los intereses campesinos y los campesinos, generalmente, lo aceptan como a su campeón.

Mientras tanto en la Europa occidental se ha formado un poderoso partido socialista obrero. Los presentimientos vagos y las aspiraciones de los tiempos de la revolución de febrero se han aclarado, ampliado y ahondado, y se han desarrollado en un programa que satisface a todos los requisitos de la ciencia, en un programa con reivindicaciones perfectamente definidas y palpables. En los parlamentos francés, alemán y belga, estas reivindicaciones las defienden un número cada vez mayor de diputados socialistas.

La conquista del poder político por el partido socialista ya se presenta como un problema de porvenir no lejano. Pero para adueñarse del poder político, este partido de la ciudad debe dirigirse a la campaña, conseguir o hacerse una fuerza allí. Su ventaja sobre los demás partidos consiste en que él comprende bien claro la relación entre las causas económicas y las consecuencias políticas; éste pues, hacía mucho que había distinguido la boca del lobo y la piel de oveja. ¿Tiene el partido socialista derecho a dejar entre los amigos falsos al campesino, condenado a perecer y a aguardar hasta que éste, de adversario pasivo de los obreros industriales, se transforme en adversario activo? Habiendo planteado esta cuestión, hemos tocado la misma esencia del problema campesino.

## I

La población campesina, a la cual podemos dirigirnos, consta de diferentes partes, a su vez distintas en diversas regiones.

En Alemania occidental, lo mismo que en Francia y en Bélgica, prevalece la pequeña agricultura, en la mayor parte ejercida por campesinos propietarios de sus parcelas, en la menor parte por arrendatarios de éstas. En el noroeste, en la Baja Sajonia y en el Schleswig-Halstein prevalece la grande y mediana propiedad que no puede cultivarse sin peones, sirvientes, y aún jornaleros. La misma situación la tenemos en Baviera.

En Prusia oriental y en Mecklenburgo domina el latifundio y la agricultura en gran escala con sus multitudes de domésticos, peones, jornaleros, y entre aquéllos los campesinos propietarios medianos y pequeños en reducida proporción, que, además, va disminuyendo siempre.

En Alemania central, todas estas formas de producción y de propiedad están entremezcladas en diferentes proporciones, en diversas regiones, sin dar lugar al predominio de una u otra forma en una extensión mayor.

Además; en algunas comarcas diferentes por su extensión, la parcela en propiedad o arrendamiento es insuficiente para alimentar la familia; aquí la tierra sirve solamente de base para alguna industria doméstica, en la cual, por eso mismo, se establece, una baratura de brazos, a la cual sería difícil encontrar otras causas, y que asegura, a pesar de toda competencia extranjera, la venta constante de sus productos.

¿Cuáles son, pues, las clases de campesinos que pueden ser traídas a las filas del socialismo? Nosotros, vamos a investigar la cuestión, se entiende, en sus aspectos generales, vamos a elegir solamente las formas definitivamente expresadas; la falta de espacio no nos permite tomar en consideración los estados medios y la población campesina mezclada. Empezamos con el campesino, pequeño propietario.

Este no sólo aparece como el tipo más importante entre la población campesina de Europa occidental, sino también como el punto más dudoso de la cuestión. Una vez que hayamos aclarado nuestras relaciones con los pequeños propietarios, tengamos todos los puntos de apoyo para definir nuestras posiciones frente a las demás partes componentes de la población campesina.

Bajo la denominación de "pequeño campesino", nosotros entendemos aquí al propietario o arrendatario, — principalmente al primero, — de una parcela de tal extensión, que en las condiciones ordinarias, él pueda labrarla con las fuerzas de su propia familia y que sea suficiente para alimentar a esa familia.

Este pequeño campesino, pues, lo mismo que el artesano, es un trabajador, que se diferencia, del proletario moderno, en poseer todavía los medios de producción; él aparece, de tal modo, como una supervivencia del antiguo sistema de producción. De su antepasado — el siervo, el vasallo, o, raras veces, el campesino libre — él se diferencia en tres sentidos: Primero, la revolución francesa, lo ha librado de todas las cargas y trabajos obligatorios, para con el dueño de la tierra y en la mayoría de las veces, a lo menos en la orilla izquierda del Rhin, su chacra se ha hecho de su propiedad; segundo, ha dejado de ser miembro de la comuna agraria autónoma, no vive más al amparo de a misma como también ha perdido sus derechos sobre un lote de la antigua tierra comunal.

La antigua tierra comunal le fué quitada en parte por sus antiguos dueños feudales y en parte por la legislación burocrática ilustrada, fundada en el derecho romano. Es así como el campesino pequeño de nuestros días está imposibilitado de mantener sus animales de labranza sin la ayuda del pasto del mercado.

Del punto de vista económico, la pérdida del derecho de uso de las tierras comunales no se recompensa, ni mucho menos, con la liberación de las cargas feudales; siempre aumenta el número de los campesinos que están imposibilitados de tener animales de labranza propios. Tercero, el campesino moderno se caracteriza por la pérdida de la mitad de su antigua fuerza productiva. Anteriormente, él mismo, con su familia, producían la gran parte de los productos necesarios para él, de la industria con las materias primas sacadas por él; lo demás, que podría precisar, lo suministraban los vecinos de la misma comuna, quienes junto a la agricultura se dedicaban a otras artes y oficios; el pago se efectuaba por medio del cambio directo de los productos y de servicios mutuos.

Una familia y más todavía, una aldea se abastecía a sí misma, producía casi todo lo necesario para su vida. Aquello fué, casi, economía natural pura; el dinero casi no se precisaba. La producción capitalista con el dinero como medio imprescindible de todas las transacciones de compraventa y la

gran industria han acabado con este estado de cosas. Pero si la explotación de las tierras comunales fué la primera condición de la existencia del pequeño campesino, la segunda condición fué el dedicarse a una industria familiar. Es así como el campesino descende cada vez más en la escala social. Los impuestos, los años malos, la parcelación, los pleitos, hacen caer a los campesinos, uno tras otro, en las manos del usurero. El endeudarse se hace cada vez más un fenómeno general; cada uno de los campesinos está estrechamente enredado en las deudas, — en fin el pequeño campesino está condenado a perecer, sin esperanza de poder salvarse, como cualquier supervivencia de las antiguas formas de producción. El es el futuro proletario.

Como aquél, él debería ceder completamente a la propaganda socialista. Pero, por ahora, a ésta se opone su instinto nato de propiedad. Cuanto más difícil se hace su lucha por la parcela de su propiedad, que él está amenazado de perder, con tanta mayor desesperación él está apegado a ella, con tanta más suspicacia él mira al socialista, quién le habla de la entrega de la tierra en propiedad colectiva y vé en él a un enemigo tan peligroso como en el usurero o en el abogado. ¿Cómo puede el partido socialista vencer este prejuicio? ¿Qué puede aquél proponer al pequeño campesino sin traicionarse a sí mismo?

El punto de apoyo práctico para la resolución de este problema lo encontramos en el programa agrario del partido socialista francés, de su sección marxista; este programa merece tanta más atención, desde que su país de origen — es un país clásico de pequeña economía agraria.

El primer programa agrario del partido fué votado en el congreso de Marsella de 1892.

Aquel programa exige para los proletarios del campo (jornaleros y peones), salario mínimo, fijado por las sociedades gremiales, consejos comunales o cámaras gremiales que consten en su mitad de obreros; prohibición de vender tierras comunales y en cambio la entrega en arrendamiento de las tierras fiscales a las comunas, quienes a su vez entregan esas tierras (las propias y arrendadas) a las asociaciones de familias proletarias del campo, para labrarlas en común, bajo el control de la comuna y sin usar el trabajo asalariado; pensiones a la vejez y para casos de enfermedad, sacadas del capital formado por impuesto especial al latifundio.

Para los pequeños campesinos entre los cuales se encuen-

tran también los arrendatarios, se pide: la adquisición por la comuna de máquinas agrícolas para alquilarlas sin ganancia a los campesinos; la formación de asociaciones campesinas para la compra de abonos, cañería de drenaje, semillas, etc., y la venta de productos; la abolición de derechos sobre las transacciones comerciales, cuando el costo del campo no supera 5.000 francos; emisiones de arbitraje de tipo irlandés para conseguir la baja de los altos precios de arrendamiento y para la remuneración del arrendatario y del medianero por las mejoras introducidas por él en el campo, hasta el momento de rescindir el contrato con el propietario. La abolición del párrafo 2102 del Código civil, el cual otorga al terrateniente el derecho de embargo de la cosecha, y la prohibición al acreedor de aceptar en prenda las sementeras; la prohibición de aceptar en empeño, cierta parte de las herramientas agrícola, de la cosecha, de semillas, de abonos, de animales de labranza, en fin, de todo aquello que es indispensable en la economía del campesino; la revisión — del hace mucho envejecido catastro general de la tierra y por el momento su revisión local en cada comuna y finalmente la enseñanza agrícola secundaria gratuita y la organización de campos de experimentación. Vemos que las reivindicaciones campesinas — no hablamos por el momento de las obreras — no son muy amplias. Una parte de ellas ha sido ya realizada en otros países pidiendo comisiones de arbitraje para los arrendatarios, el programa cita el tipo irlandés; las asociaciones campesinas existen en las provincias renanas; la revisión del catastro es un anhelo modelo en toda Europa occidental, de los liberales y aún de los burócratas, los demás puntos también pueden ser realizados sin perjuicio esencial para la sociedad capitalista. Lo apuntamos solamente para caracterizar el programa, no se lo reprochamos; al contrario.

Con este programa el partido ha obtenido tantos éxitos entre los campesinos de diferentes regiones de Francia, que — el apetito viene comiendo — el partido ha creído necesario de adaptarlo todavía más al gusto de los campesinos, aunque se daba cuenta de que se colocaba con esto en un plano peligroso.

¿Cómo ayudar al aldeano, no como al futuro proletario, sino como actual propietario, sin contravenir a los principios fundamentales del programa socialista? Previendo esta pregunta acompañada a las nuevas proposiciones prácticas de una exposición teórica en la cual intentan demostrar que la

defensa de la pequeña propiedad contra su destrucción por el sistema capitalista de producción, no contradice a los principios socialistas, aunque la eliminación de la pequeña propiedad en el porvenir es evidente.

Veamos de cerca a esta exposición y también a los puntos del programa aceptados en el congreso de Nantes en septiembre de este año. Los fundamentos dicen:

“Que de acuerdo con el programa general del partido, los productores son libres, solamente cuando tienen en su poder los medios de la producción.

Que si en la industria los medios de producción están hasta tal grado concentrados por el capital, que pueden ser entregados a los productores solamente en forma comunista o colectiva; pero en la agricultura, — a lo menos en Francia, ahora — la situación es muy distinta.

Que los medios de producción — la tierra — en muchas regiones están todavía en manos de pequeños propietarios-productores.

Que, aún estas condiciones, que se caracterizan por el predominio de la propiedad muy pequeña están condenadas inevitablemente a desaparecer, pero que no es la labor del socialismo acelerar su catástrofe, por cuanto su fin no es desligar el trabajo de la propiedad, sino, al contrario, unir en las mismas manos estos dos factores de la producción, la desvinculación de los cuales es la causa de la esclavitud y de la miseria de los proletarios.

Que si de un lado el deber del socialismo es devolver a los proletarios del campo la posesión — en forma comunista o colectivista — de los grandes latifundios; expropiando a sus actuales propietarios — parásitos —; de otro lado surge para él, como un deber no menos perentorio, resguardar para los pequeños propietarios productores, la posesión de sus parcelas, defendiéndolas contra el fisco, el usurero, y las pretensiones de los nuevos latifundistas.

Que la necesidad de extender esta defensa también lo es a favor de los productores, que bajo la denominación de arrendatarios o medieros cultivan tierras ajenas y hasta cierto grado están obligados — porque los explotan a ellos mismos — de explotar a los jornaleros”.

Y como el partido obrero en contraposición a los anarquistas, cree, que el cambio del régimen social, resultará no



del aumento y la difusión de la miseria y espera la liberación del trabajo y de la sociedad en general solamente de la organización y los esfuerzos unidos de los trabajadores del campo y de la ciudad y de la adueñación por ellos del poder y de la legislación — él acepta el siguiente programa agrario para unir todos estos elementos de la producción agrícola, todos los géneros de acción, que bajo diferentes denominaciones, cultivan la tierra nacional, unirlos para la lucha común contra el enemigo común: el feudalismo latifundista.

Miremos de cerca esta motivación.

Primero, el postulado del programa francés, que la libertad del productor supone la posesión de los medios de producción es necesario completarlo inmediatamente por el siguiente — que la posesión de los medios de producción es posible solamente en dos formas: posesión individual, la cual no existió nunca y en ninguna parte para todos los productores y la cual con el tiempo se hace cada vez más imposible a consecuencia de los éxitos de la industria, — y como posesión colectiva; las premisas materiales e intelectuales de esta última forma y están creadas por el desarrollo mismo de la sociedad capitalista; y que, entonces, es necesario por todos los medios al alcance del proletariado reivindicar el paso de los medios de producción en propiedad colectiva.

Es así como la posesión colectiva de los medios de producción se convierte en el único y principal objeto de aspiraciones.

Y eso no sólo para la industria en la cual el campo ya está preparado, sino también para la agricultura. De acuerdo con el programa la posesión individual no existía nunca y en ninguna parte para todos los productores; es por eso y también porque el progreso de la industria se encarga de abolirla que no concuerda con los intereses del socialismo, apoyando la posesión individual, al contrario éste está interesado en su eliminación; porque donde y por cuanto ella exista es imposible la propiedad colectiva.

Una vez que citamos el programa preciso es considerarlo por entero, que modifica considerablemente la citada proposición del congreso de Nantes, limitando la verdad histórica generalmente expresada en esta proposición en las reservas necesarias para que pueda quedar una verdad para la Europa y la América del Norte.

En los tiempos actuales la posesión de los medios de producción ya no da al productor individual la verdadera li-

bertad. Los artesanos de las ciudades ya están arruinados; en las grandes ciudades, como Londres, ellos han desaparecido por completo; los ha substituído la gran industria, el "sweating system", o pobres diablos que se mantienen por medios de quiebras.

El pequeño campesino que lleva su economía por cuenta propia, no sólo no está seguro en poder conservar la propiedad de su parcela, sino tampoco es libre. El, como también su casa, su granja, su campo — pertenecen al usurero; su existencia está menos segura que la existencia del proletario, quien, a lo menos, de vez en cuando, vive días tranquilos, que faltan en absoluto al desdichado esclavo de sus deudas. Abolid el § 2102 del código civil burgués, asegurad por la ley al campesino la posición de cierto número de herramientas agrícolas, de animales de trabajo, etc., por no poder empeñarse, — no le salvaréis, empero, de la situación angustiosa, cuando él está obligado *voluntariamente* a vender sus animales, empeñarse al usurero de cuerpo y alma y estar satisfecho si consigue la concesión de una pequeña moratoria. Vuestra tentativa de defender la propiedad del pequeño campesino no le conservará su libertad sino una forma particular de su esclavitud; ella prolongará la situación en la cual no puede ni vivir ni morir; vuestra cita, pues, hecha del primer párrafo del programa es aquí absolutamente fuera del lugar.

La motivación dice que en la Francia actual los medios de producción — precisamente la tierra — en muchas regiones está en posesión individual, en manos de productores individuales; que el objeto del socialismo es no la desvinculación del trabajo y de la propiedad, sino al contrario la unión de los dos factores en las mismas manos. Queda dicho ya, que este último fin en forma tan general de ningún modo es el objeto del socialismo; su fin es la entrega a los productores de los medios de producción en posesión colectiva. Si no lo advertimos, entonces la proposición anterior nos podrá infaliblemente inducir en el error, es llegar a la conclusión que el socialismo está llamado a convertir en propiedad real la propiedad aparente del pequeño campesino, que existe hoy en día, es decir, hacer del pequeño arrendatario un propietario, y al campesino endeudado hacerle libre de deudas.

El socialismo está interesado en que desaparezca esta apariencia falsa de la propiedad campesina, pero que desaparezca de otro modo.

En todo caso aquello nos conduce a que la motivación

directamente declare, como obligación del socialismo — y aún obligación urgente — “conservar a los campesinos que llevan economía propia la posesión de sus parcelas defendiéndolos contra el fisco, el usurero y las pretensiones de los nuevos latifundistas”. La motivación impone a los socialistas la obligación de realizar aquello que un párrafo antes fué declarado irrealizable. Ella le propone conservar la pequeña propiedad campesina a pesar de que ella misma declara que esa propiedad “está condenada irrevocablemente a perecer”. ¿No son acaso el fisco, el usurero y los nuevos latifundistas, precisamente los instrumentos por medio de los cuales la producción capitalista realiza esta eliminación inevitable? En adelante veremos por qué medios debe el socialismo defender al campesino contra este triple enemigo.

Pero el partido se ve obligado a defender no sólo la propiedad del pequeño campesino. Tiene que “extender esta defensa también sobre aquellos productores los cuales bajo el nombre de arrendatarios o medieros cultivan tierra ajena y hasta cierto grado están obligados — porque ellos están explotados — a explotar a los jornaleros”. Aquí entramos en un dominio particular. El problema especial del socialismo es la abolición de la explotación del asalariado. Mientras que aquí se declara una obligación imprescindible del socialismo — defender al arrendatario francés, cuando él “explota a jornaleros” — ¡literalmente así! ¡Esto es necesario porque hasta cierto grado aquellos están obligados a hacer eso, pues los explotan a ellos mismos!

Que fácil y agradable es correr cuesta abajo, cuando uno se encuentra en plano inclinado. Si ahora los campesinos alemanes grandes y medianos llegarán a los socialistas franceses y les pedirán que digan una palabra delante del partido obrero alemán para que éste les defienda en la explotación de los peones y sirvientes y en este caso argumentarán que a ellos, los campesinos grandes y medianos les explotan los usureros, los perceptores de impuestos, los especuladores en granos y ganado, ¿Qué les contestarán aquéllos? ¿Y quién va a apostar que nuestros grandes terratenientes también no delegarán al conde Canitz (pues, él también ha presentado un proyecto de monopolio del estado en la importación de cereales el cual se parece al de los socialistas) para pedir la defensa de los socialistas en la explotación de los trabajadores del campo, bajo el pretexto que “a ellos también les explotan la bolsa y los acreedores...”

Nos apresuramos a decir que las intenciones de nuestros amigos franceses no son tan malas como parece a primera vista. La proposición citada se refiere a un caso especial: en el norte de Francia, como entre nosotros en las regiones del cultivo de la remolacha, a los campesinos se entrega en arrendamiento la tierra para el cultivo de esta planta, en condiciones difícilísimas. Ellos tienen que entregar la remolacha a ciertos ingenios a precios establecidos por estos mismos, tienen que comprar cierta clase de semilla, usar en cantidad determinada, abonos determinados y además son defraudados desvergonzadamente por las empresas cuando entregan el producto.

Todo esto lo conocemos por las mismas condiciones en Alemania. Pero si los compañeros franceses querían tomar bajo su defensa a esta clase de campesinos debieron declararlo clara y terminantemente. Pero en la forma general y abstracta en la cual se ha formulado esta proposición es un atropello directo no sólo contra el programa francés sino en general contra el principio fundamental del socialismo y sus autores, no tienen derecho de quejarse si de todos lados aprovecharán la redacción negligente, interpretando falsamente sus intenciones.

A la misma interpretación se presta y el párrafo final de la motivación de acuerdo con el cual el programa del partido es "unir todos los elementos de la producción agrícola, todo género de actividades que bajo diferentes denominaciones cultivan la tierra nacional, unirlos para la lucha común contra el enemigo común: el feudalismo latifundista". Niego decididamente que pueda figurar como problema del partido socialista obrero de país alguno, adoptar en su seno además de los proletarios del y de los pequeños campesinos también a los campesinos grandes y medianos, aún a los arrendatarios de grandes estancias, a los ganaderos capitalistas y los demás explotadores capitalistas de la tierra nacional.

Admitimos que el latifundio es su enemigo común. En ciertas cuestiones podemos marchar juntos para alcanzar ciertos fines, podemos luchar en ciertos momentos al lado de ellos. Es verdad que en nuestro partido podemos tener individuos de cualquier clase de la sociedad, pero de ningún modo agrupaciones que encarnan en sí los intereses capitalistas, sean mediano-burguesas o mediano-campesinas. Y aquí también las intenciones de nuestros compañeros no eran tan malas, como parece; los autores, evidentemente no pensaban en nada de

eso, pero las mató la pasión por las generalizaciones y ellos no deben extrañarse si los critican.

A la motivación siguen los nuevos agregados al programa. Y allí también se evidencia su apresuramiento en crear fórmulas.

El párrafo, de acuerdo con el cual las comunas adquieren máquinas agrícolas y al precio de compra las alquilan a los campesinos está cambiado en el sentido, que, primero, las comunas reciben para esto, subvenciones del estado y, segundo, que los pequeños campesinos pueden usar estas máquinas gratis. Esta concesión en provecho de los pequeños no les traerá ningún beneficio esencial, pues, sus tierras, admiten el uso de máquinas solamente en proporción muy limitada.

El agregado que sigue exige la substitución de todos los impuestos directos e indirectos por un solo impuesto progresivo sobre todas las rentas superiores a 3000 francos. Un párrafo similar está incluido hace mucho en casi todos los programas socialistas. Lo nuevo es que esto se pide especialmente en nombre de los intereses de los pequeños campesinos y esto demuestra cuan poco se ha apreciado su valor. Tomemos, por ejemplo a Inglaterra. El presupuesto nacional allí alcanza a 90 millones de libras esterlinas. De ellos el impuesto a la renta da de 13 1/2 a 14 millones, de los 76 millones restantes la parte menor se recibe de las rentas de correo, telégrafos, sellos, etc., y la parte mayor de los impuestos al consumo, restando sistemáticamente sumas pequeñas casi imperceptibles, pero que al fin y al cabo suman muchos millones, de los ingresos de todos los habitantes, mayormente de los más pobres. Y en las sociedades modernas apenas si es posible cubrir los gastos del estado de otro modo. Supongamos que en Inglaterra todos los 90 millones se hubieran percibido del impuesto progresivo a la renta de 120 libras esterlinas = 3000 francos y superior a éstas. Según las estadísticas de Juffen el promedio de la acumulación anual, el aumento anual de toda la riqueza nacional en los años 1865-75 fué igual a 240 millones de libras esterlinas. Supongamos ahora que actualmente este aumento sea igual a 300 millones anuales, un impuesto de 90 millones hubiera absorbido casi la tercera parte de este aumento.

En otros términos ningún gobierno podría realizar esto. Cuando los socialistas estén en el poder ellos tendrán que realizar cambios tales en presencia de los cuales una reforma impositiva de esta naturaleza va a figurar solamente como

una moratoria insignificante en el pago de la deuda, y entonces a los pequeños campesinos se les abrirá perspectivas más felices.

Parece que nuestros compañeros franceses comprenden que los campesinos tendrán mucho que esperar a esta reforma impositiva y por eso les proponen "por el momento", la abolición del impuesto a la tierra para todos los campesinos que trabajan en sus campos y la disminución de este impuesto para todos los campos cargados de hipotecas. La segunda mitad de esta proposición puede referirse solamente a las propiedades campesinas de extensión mayor que aquella que puede labrarse por las fuerzas propias de una familia y por consecuencia es una nueva inmunidad para los campesinos "que explotan jornaleros".

Mas: "la libertad de caza y pesca sin restricciones, menos los motivados por la necesidad de conservar la caza, el pescado y las sementeras".

Todo esto tiene apariencia muy liberal, pero la segunda mitad de la frase elimina la primera. En realidad, ¿cuántos, liebres, perdices, etc., vienen a cada familia campesina de todos los campos de una aldea en la actualidad? ¿Acaso más pueden dar un día de caza o de pesca en el año a un solo hombre?

"La rebaja de la tasa de interés legal y de práctica" — resultan entonces nuevas leyes contra la usura, nueva tentativa de actuar por medidas policiales que fracasaron siempre y en todas partes por espacio de dos mil años. Si el pequeño campesino ha caído en una situación tan desesperada que considera como menor mal el dirigirse al usurero, entonces el usurero siempre encontrará medios para chuparle la sangre sin contravenir formalmente la ley. En el mejor de los casos este medio podría servir para tranquilizar el ánimo del pequeño campesino, pero no le traerá ninguna ventaja; al contrario, le dificultará la obtención de crédito en la época que más lo necesita.

"Asistencia médica gratuita y suministro de remedios a precios de compra" — eso no es por cierto un medio especial de defensa del campesino; el programa alemán va más lejos y exige también remedios gratuitos.

"Indemnización a los soldados de reserva por el tiempo que habían sido convocados para ejercicios". — Esta medida ya está realizada, aun de modo muy insuficiente en Alemania

y Austria y tampoco es una reivindicación particularmente campesina.

“Rebaja de las tarifas ferroviarias para el transporte de abonos, maquinaria y productos agrícolas” — esta reforma en sus características esenciales está ya realizada en Alemania y principalmente... en interés de los grandes latifundistas.

“Trabajos preparativos inmediatos para la creación de un plan de obras públicas de mejoramiento del suelo y progreso de la agricultura” — todo aquello está cubierto con el velo de vaguedad y pertenece al dominio de buenas promesas y además será en beneficio también de los latifundistas.

En una palabra, inmediatamente después del gran vuelo teórico de la motivación las reivindicaciones prácticas del nuevo programa agrario no nos explican de ningún modo, como los socialistas franceses creen conservar al pequeño campesino su propiedad parcelaria, que, según sus propias palabras, está condenada irrevocablemente a perecer.

## II

En un punto nuestros compañeros franceses tienen, sin duda, razón: en Francia ningún cambio político estable es posible contra la voluntad del pequeño campesino. Pero me parece que ellos han elegido un camino incierto para acercarse al campesino.

Ellos calculan, parece, lo más rápidamente posible, posiblemente para las primeras elecciones generales ganar al campesino. Ellos pueden tener esperanza de conseguirlo solamente por medio de muy arriesgadas y muy vastas promesas para la defensa de los cuales tendrán que recurrir a todavía más arriesgadas consideraciones teóricas. Cuando los miramos de cerca se hace claro que las vastas promesas se contradicen (por ejemplo, la promesa de conservar la situación que aquí mismo fué declarada condenada irrevocablemente a perecer) y que las medidas sueltas o son completamente inútiles (la ley sobre usura) o son reivindicaciones obreras en general, o se aprovecharán de ellas también los grandes terratenientes, o en fin, no tienen mayor importancia para el pequeño campesino.

Así que la parte práctica del programa por sí misma hace el correctivo para los errores de la parte primera y reduce las palabras altisonantes, que parecen tan peligrosas, de la motivación a medidas en esencia, inocuas.

Dirémoslo francamente: considerada en conjunto la si-

tuación económica del pequeño campesino, sus prejuicios, creados por su educación, su modo aislado de vida y mantenidos por la prensa burguesa y los grandes terratenientes, nosotros podríamos conquistarlo en un espacio breve de tiempo solamente en el caso si le hubiéramos prometido aquéllo, que, con seguridad, no podemos cumplir. Pues, nosotros, debemos prometerles, no solamente conservarles su propiedad en cualquier circunstancia contra las fuerzas económicas que la atacan, sino también, salvarles de todos los contratiempos que les amenazan actualmente: nosotros debemos prometerles convertir al arrendatario en propietario, pagar las deudas del propietario que va pereciendo bajo el peso de las hipotecas.

Aun si hubiéramos podido realizar esto, crearíamos otra vez una situación de la cual necesariamente deberá desarrollarse el estado actual de cosas. Nosotros no hubiéramos libertado al campesino, sino aplazaríamos, no por mucho, su eliminación.

Pero nosotros no estamos interesados en lo mínimo en atraer al campesino en un plazo breve los que mañana, cuando no podremos cumplir nuestras promesas nos abandonara. No puede hacerse compañero nuestro el campesino, quien cree que le conservaremos su parcela de campo en propiedad eterna, lo mismo que no puede hacerse nuestro compañero el artesano que quiere quedar patrón para siempre. Estos elementos pertenecen al partido antisemita.

Que vayan a ellos, que les prometan aquellos la conservación de su pequeña producción; cuando ellos conocerán allí el valor de las frases altisonantes y las melodías de las orquestas celestes de los antisemitas, entonces irán comprendiendo cada vez más que somos gente más seria, aunque no hacemos tantas promesas y buscamos la salvación por camino diferente. Probablemente los franceses no habrían repetido su error de Nantes, si tuvieran ante sus ojos la misma ruidosa demagogía antisemita que tenemos en nuestro país.

¿Cuál, entonces, es nuestra actitud frente de los pequeños campesinos? ¿Y cuál será nuestra conducta para con ellos el día que el poder caerá en nuestras maos?

Desde luego, nosotros reconocemos la absoluta verdad de la proposición del programa francés que prevemos la desaparición inevitable del pequeño campesino, pero no nos creémos de modo alguno obligados a acelerar este proceso por intrusión nuestra.

Segundo, es también evidente que teniendo en nuestras manos el poder no podemos pensar en la expropiación



violenta (con indemnización o sin ello, es lo mismo) de los pequeños campesinos, aunque con los grandes terratenientes tendremos que proceder así precisamente. Nuestro problema frente al pequeño campesino consta principalmente en reformar la economía privada y propiedad privada en asociada no por la violencia sino por fuerza del ejemplo, ofreciéndoles la ayuda del estado para este fin. Nosotros en todo caso poseemos suficientes medios para ofrecer al pequeño campesino tales ventajas; la importancia de las cuales ya pueden ser comprendidas por él en la época actual.

Ya hace veinte años atrás los socialistas de Dinamarca — que en su país tienen solamente una ciudad que merece este nombre — Copenhague — y que por eso tienen, fuera de ésta, que preocuparse exclusivamente de la propaganda en la campaña — han creado el plan siguiente:

Los campesinos de una aldea o parroquia — en Dinamarca hay muchas grandes chacras aisladas — tuvieron que unir sus campos y habiendo formado así una gran chacra, cultivarla por cuenta común dividiendo las utilidades proporcionalmente a su contribución para el haber común en tierra, dinero y en trabajo personal. En Dinamarca la pequeña propiedad tiene importancia secundaria. Pero si hubiéramos realizado el mismo plan en el dominio de la agricultura particular y hubiéramos unido las parcelas para cultivarlas en común una parte de las fuerzas anteriormente ocupadas estaría demás; pues, precisamente esta economía en el trabajo es una de las principales ventajas de la cultura en grande. Para estos brazos se puede encontrar ocupación de dos modos. O a las asociaciones campesinas se les entregan extensiones de campo adicionales quitadas a las grandes estancias vecinas o se les proporciona medios y posibilidad para implantar alguna nueva industria auxiliar principalmente para el consumo propio.

En ambos casos se las coloca en una situación económica mejor y se asegura al poder público la influencia necesaria para elevar gradualmente a la asociación campesina a una forma superior, e igualar los derechos y las obligaciones de la asociación entera como también de cada uno de sus miembros con los derechos y las obligaciones de las demás ramificaciones de la sociedad. Como realizarlo en cada caso particular depende de las circunstancias dadas, como también de las condiciones en que llegaríamos al poder.

Es posible que pudiéramos ofrecer a estas asociaciones to-

davía ventajas mayores: la transferencia al banco nacional de su deuda hipotecaria común, con fuerte rebaja de la tasa de interés, adelantos del erario público para llevar la producción en grande (estos adelantos no deben necesaria o principalmente hacerse en forma de dinero, si no pueden en forma de cosas necesarias — maquinaria, abonos artificiales, etc.) y también otras facilidades.

El objeto principal queda siempre el mismo — hacer claro al campesino que nosotros podemos salvarlo, conservar en su propiedad sobre su casa y su campo solamente convirtiendo esta propiedad en propiedad de la asociación para el cultivo común. Pues, la ruina del campesino tiene por causa, precisamente el carácter de su economía fundada sobre la propiedad individual.

Si los campesinos prosequieran con obstinación la economía individual serán inevitablemente echados de sus casas y sus chacras y su antiquado sistema de producción será substituído por la economía capitalista en gran escala. Así es la situación; y he aquí que nosotros venimos y proponemos al campesino que emprenda él la producción en gran escala, por cuenta propia y no por cuenta del capitalista. Será posible hacerle claro al campesino que aquello es una ventaja para él, que es su único medio de salvación.

Ni ahora ni en adelante nosotros podemos prometer a los pequeños campesinos que vamos defender su propiedad y economía individuales contra el empuje de la producción capitalista.

Podemos prometerles solamente que no vamos a intervenir violentamente contra su voluntad en sus relaciones de propiedad

Además, podemos exigir ya desde luego que la lucha de los capitalistas y de los grandes terratenientes contra los pequeños campesinos se lleve por medios menos ilegales y en lo posible impedir el robo y fraude directos que todavía se practican demasiado a menudo. Esto lo podremos conseguir solamente en casos excepcionales. En una sociedad capitalista en pleno desarrollo nadie conseguirá decir donde termina la honradez y empieza el fraude. Sin embargo siempre habrá diferencia entre si el poder público está del lado de los estafadores o de los estafados. Y nosotros estamos decididamente del lado de los pequeños campesinos; vamos a hacer todo lo posible porque su vida sea más soportable, para hacerle más fácil el paso a las asociaciones si él se decidiera por ellas; pero si

todavía no puede decidirse trataremos de darle el mayor plazo posible para pensar sobre esto, quedando en su parcela. Lo haremos no sólo porque vemos en el trabajador — pequeño campesino como aliado nuestro sino también en el interés directo del partido. Cuanto mayor será el número de los que, salvados por nosotros de la caída real a la situación de proletarios, han ingresado en nuestras filas como campesinos tanto más rápida y fácil vendrá la transformación social. No habrá para nosotros ninguna, si a esta transformación tendremos que esperar hasta que la producción capitalista se desarrollará hasta sus límites extremos, hasta que el último artesano y el último pequeño campesino caerán como víctimas de la gran industria capitalista.

Los sacrificios materiales que para ello tendremos que hacer del tesoro público para el bien de los campesinos pueden parecer del punto de vista de la economía, dinero tirado inútilmente, sin embargo estos gastos son una hermosa inversión del capital, pues nos ahorrarán gastos diez veces mayores durante la reorganización social definitiva. En este sentido podemos permitirnos un proceder muy liberal para con los campesinos. No podemos entrar aquí en detalles ni hacer proposiciones concretas en este sentido; se trata aquí de rasgos fundamentales y generales.

De lo expuesto se ve que serviremos mal no sólo a nuestro partido sino al mismo pequeño campesino si le prometemos, aunque sólo aparentemente, que trataremos de conservar por mucho tiempo su pequeña propiedad. Esto significaría cortar al campesino el camino de su liberación y rebajar el partido al nivel de la demagogía del antisemitismo de nuestro país. Al contrario el deber de nuestro partido es siempre aclarar a los campesinos su situación completamente desesperada, mientras rige el capitalismo, la imposibilidad absoluta de conservarles su pequeña propiedad, como tal, demostrarles que la gran industria capitalista en su marcha victoriosa barrerá de su camino la anticuada y ya falta de fuerzas pequeña economía campesina como lo hacen la locomotora con una carretilla. Procediendo así actuamos de acuerdo con la evolución económica inevitable y ésta ya se encargará a enseñar a los campesinos a entender nuestras palabras.

Por demás, yo estoy convencido que los mismos autores del programa de Nantes están en esencia de acuerdo conmigo. Ellos suficientemente inteligentes para comprender que también aquellas tierras que están ahora en pequeña propie-

dad tendrán que pasar a la propiedad colectiva. Ellos mismos reconocen que la propiedad pequeña está condenada a desaparecer. El informe de Lafargue en nombres del Consejo nacional al congreso de Nantes confirma completamente esta opinión. En alemán aquél fué publicado en el "Social-demócrate", de Berlín, del 18 de octubre de este año. Las contradicciones en las mismas fórmulas del congreso de Nantes indican que en realidad sus autores han dicho algo diferente de lo que trataban de decir. La culpa es de ellos cuando no los entienden o interpretan mal sus manifestaciones lo que ya ha sucedido. En todo caso tendrán ellos más detalladamente que aclarar su programa y el futuro congreso tendrá que revisar sus fundamentos.

Pasamos ahora a los grandes campesinos. Aquí, principalmente, a causa de la parcelación y también de grandes deudas y quiebras con la venta, consiguiente, de los campos en subasta pública encontramos un calidoscopio de formas intermedias empezando desde el pequeño campesino hasta el grande, quien conserva todo el antiguo lote de su propiedad y lo aumentó aun. En el lugar donde el campesino mediano vive entre los pequeños, sus intereses y opiniones no se van diferenciar esencialmente de los de aquéllos; la experiencia propia le dice cuan muchos de sus semejantes han bajado al grado de campesinos pequeños. Pero la situación cambia por completo allí donde predominan los campesinos medianos y grandes y donde la agricultura exige, como regla general, de la ayuda de peones y sirvientes. El partido obrero, naturalmente, antes de todo debe entrar por la defensa de los obreros asalariados, es decir, de los peones, sirvientas y jornaleros; se entiende, pues, que el partido no puede ofrecer a estos campesinos ninguna promesa que suponga la continuación de la esclavitud de los asalariados. Hasta tanto que existan campesinos medianos y grandes como tales, ellos necesitarán del trabajo asalariado. Por consiguiente, si la promesa de larga existencia a los campesinos pequeños es del lado nuestro una simple estupidez, la misma promesa dada a los campesinos medianos y grandes se acerca a la traición.

Aquí otra vez se impone una analogía con los artesanos de la ciudad. Cierto que ellos están ya más arruinados que los campesinos, pero existen sin embargo tales que además de los aprendices tienen también oficiales o con las cuales los aprendices hacen el trabajo de los oficiales. Que vayan a los antisemitas aquellos artesanos-patronos que quieren con-

servar para siempre su situación hasta que no se convenzan que allí tampoco pueden encontrar ayuda eficaz. Los demás, aquellos que entienden lo inevitable de la desaparición de su sistema de producción vienen a nosotros, pero ellos precisamente se preparan a compartir en el porvenir la suerte que espera a todos los obreros. Lo mismo debe ocurrir a los campesinos grandes y medianos. Es evidente que sus peones, sirvientes y jornaleros nos interesan más que ellos mismos. Si estos campesinos quieren que les garanticemos la existencia de sus propiedades, entonces no lo podemos hacer de modo alguno. Su lugar está entre los antisemitas, en la Unión Campesina, y semejantes partidos, los cuales hicieron una especie de deporte del prometer todo para no cumplir nada. Nosotros poseemos la certitud que el grande como el mediano campesino inevitablemente deben perecer bajo la presión de la competencia capitalista y del pan barato que viene del otro lado del océano, lo que demuestra el crecimiento incesante de sus deudas y el empobrecimiento y decaimiento de estos campesinos en todas partes. Aquí también para contrarrestarlo podemos solamente recomendar la unión de las chacras en asociaciones en las cuales se irá aboliendo cada vez más la explotación del trabajo asalariado; entonces se hará posible su transformación gradual en una ramiación de la inmensa asociación productora nacional con iguales derechos y obligaciones para todos. Si estos campesinos comprenderán lo inevitable de la ruína de su actual sistema de producción y sacarán las conclusiones correspondientes, ellos vendrán a nosotros y nuestra obligación será facilitar, en medida de nuestras fuerzas, a ellos también el paso al nuevo sistema de producción. En caso contrario tendremos que abandonarles a su suerte y dirigirnos a sus obreros asalariados, los cuales ya con toda seguridad nos acogerán con simpatía. Probablemente aquí tampoco vamos a recurrir a expropiación violenta; por demás podemos tener esperanza que la evolución económica hará también aun a estos testarudos más accesibles a la voz que a la razón.

Completamente sencilla es solamente la cuestión del latifundio. Aquí tenemos delante de nosotros la economía capitalista en descubierto y aquí no puede haber lugar a vacilaciones de ningún género. Aquí tenemos asunto con las masas del proletariado del campo y nuestro problema se plantea claro. Cuando nuestro partido llegará al poder tendrá sencillamente que expropiar a los latifundistas del mismo modo ab-

solutamente que a los fabricantes industriales. Si esta expropiación se realizará con o sin indemnización, dependerá en la mayoría de los casos, nó de nosotros, sino de las circunstancias en las cuales llegaremos al poder, precisamente de la conducta de los mismos señores latifundistas. Nosotros no rechazamos la indemnización en absoluto, cualesquiera que sean las circunstancias. Marx, muchas veces me decía que el asunto resultaría lo menos costoso, si tuviéramos la ocasión de poder rescatar toda la región.

Pero aquí no vamos ocuparnos de esto. Los latifundios devueltos, pues, a la sociedad, ofreceríamos en posesión a los proletarios del campo que los cultivan, pero organizados en asociaciones y bajo el control público. Por ahora es todavía imposible de fijar las condiciones en que se podrá hacerlo. En todo caso aquí todo está preparado ya para el paso de la producción capitalista a la colectiva y este puede realizarse en una noche como las fábricas de Krupp o de Stum. Y el ejemplo de estas asociaciones agrícolas pondría en claro las ventajas de la gran producción asociada entre los últimos, que acaso seguirán vacilando, pequeños campesinos y tal vez vencerá también a muchos campesinos grandes.

De este lado, pues, se abren al proletario del campo perspectivas fan brillantes, como al proletario de la ciudad. Por esto la adhesión a nuestro partido de los proletarios del campo de la Prusia oriental es para nosotros cuestión de tiempo, y además de tiempo brevísimo.

Pero cuando de nuestro lado estarán los proletarios del campo de la Prusia oriental, entonces en toda Alemania soplarán otros vientos. La actual situación del proletario del campo en la Prusia oriental, situación de medio siervo, es la base principal de la dominación de los junkers prusianos, y por esto de la dominación de la Prusia en Alemania. El carácter esencialmente prusiano de la burocracia y de la oficialidad del ejército lo han creado y lo mantienen los junkers prusianos que se van empobreciendo cada vez más, "ahorcados" por las deudas, — estos parásitos que sirven por cuenta del estado o de particulares, y por eso con obstinación cada vez mayor se agarran del poder. Su soberbia, estrechez de miras, insolencia, han suscitado en el interior, el odio al imperio alemán de la nación prusiana, — no obstante la convicción de que éste es imprescindible en la actualidad, cómo única forma posible de la unidad nacional — mientras que en el

exterior, a pesar de las victorias brillantes no han ganado la estimación de nadie.

El poderío de estos junkers se basa en que ellos disponen de toda la tierra en la región bien definida de las siete antiguas provincias prusianas, es decir, en casi la tercera parte del imperio; la propiedad sobre la tierra les entrega todo el poder local y político; pero este poder se extiende no sólo sobre la agricultura, sino también por medio de una gran cantidad de ingenios de azúcar de remolacha y de refinerías de aguardiente sobre las más grandes ramas de industria de estas regiones. En otras partes ni los grandes latifundistas como tampoco los grandes industriales están colocados en una situación tan ventajosa; ni unos ni otros pueden disponer de un reino entero. Unos y otros están diseminados sobre vastas regiones y compiten entre sí, como también con los demás elementos sociales, por el predominio económico y político. Pero esta condición privilegiada de los junkers prusianos pierde cada vez más su base económica. Las deudas y el empobrecimiento producen aquí también devastaciones a pesar de las subvenciones del estado (desde la época de Federico II estas subvenciones forman parte del presupuesto de cualquier junker de "apellido"); los junkers que se encuentran al borde de la ruína pueden sostenerse solamente con la explotación ilimitada de los proletarios del campo, que permanecen en realidad todavía en el estado de medio siervos. Arrojad la semilla de la propaganda socialista entre estos trabajadores; dadles el valor y la decisión de defender sus derechos — y llegará el fin del poder de los junkers. La enorme fuerza reaccionaria que en Alemania representa al elemento bárbaro se desvanecerá. El mejor elemento del ejército prusiano se convertirá al socialismo y por eso mismo se producirá un desplazamiento de fuerzas anunciando una honda revolución. Por eso la adhesión a nuestro partido del proletariado del campo prusiano es para nosotros mucho más importante que la del pequeño campesino de la Alemania occidental o del mediano de la Alemania del sud. Aquí en la Prusia oriental está el campo de batalla decisiva para nosotros y por eso el gobierno y los junkers harán todo para cerrarnos la entrada allí. Y si, como nos están amenazando, llegaran a nuevas medidas de violencia contra la difusión de nuestro partido, lo harán principalmente para impedir nuestra propaganda entre el proletariado del campo de la Prusia.

Esto no importa. Lo conquistaremos a pesar de todo.

FEDERICO ENGELS.

*Traducción de J. M.*